

EDITORIAL

La investigación arqueológica, como en cualquier otra ciencia, se autolegitima principalmente en la propia comunidad científica. Esto es en lo que concierne al proceso de racionalización científica, es decir, como argumentamos lo que argumentamos. Para ello están los congresos, las publicaciones y todos aquellos espacios disponibles para este tipo de discusiones.

No obstante lo anterior, las comunidades científicas, como la de los arqueólogos, se insertan también en una comunidad mayor definida por la sociedad en la cual vivimos y, en ningún caso, nuestra labor esta fuera de esa comunidad mayor. ¿Que importancia tiene reflexionar esto que parece tan evidente y que hemos olvidado?

En primer lugar, los recursos financieros que constantemente demandamos provienen en su gran mayoría de esta sociedad. En segundo lugar, nuestra labor, queramos o no, genera un impacto en la sociedad.

Los arqueólogos no podemos olvidarnos de donde provienen nuestros recursos y en este sentido el conocimiento logrado no puede quedar única y exclusivamente para el disfrute intelectual de cada uno de nosotros. Es indispensable revertirlo adecuadamente como un instrumento de desarrollo, de independencia y goce intelectual de todos. Para esto hemos tenido pocas o ninguna iniciativa o simplemente no hemos aprovechado iniciativas institucionales existentes. Basta mencionar la escasa participación en proyectos EXPLORA o más cercana aún, la nula respuesta a la propia convocatoria de la Sociedad Chilena de Arqueología para publicar un libro de un perfil de esta naturaleza. Si necesitamos y queremos un compromiso de la sociedad con la ciencia, esta situación debiéramos revertirla.

Por otra parte, no se trata simplemente de una suerte de justificación de recursos, se trata en lo esencial si queremos o no una sociedad distinta. Los esfuerzos que podamos hacer en la difusión de nuestro pasado, de nuestra labor como arqueólogos, no sólo tienen un impacto construyendo una sociedad menos analfabeta de su propia existencia, sino más independiente y consiente de su realidad. Esto incluso desemboca en una sociedad más preocupada y consiente de la protección de nuestro propio objeto de estudio, materia en la que muchas veces nos sentimos solos.

Es por todos lados evidente, que el diálogo entre arqueología y sociedad puede ser múltiple y tiene grandes ventajas que debemos más que reflexionar. En este sentido la tarea de difusión debe estar también en nuestra agenda como investigadores comprometidos con la realidad social.

D.J.S.